

Girasoles (no los de veg)

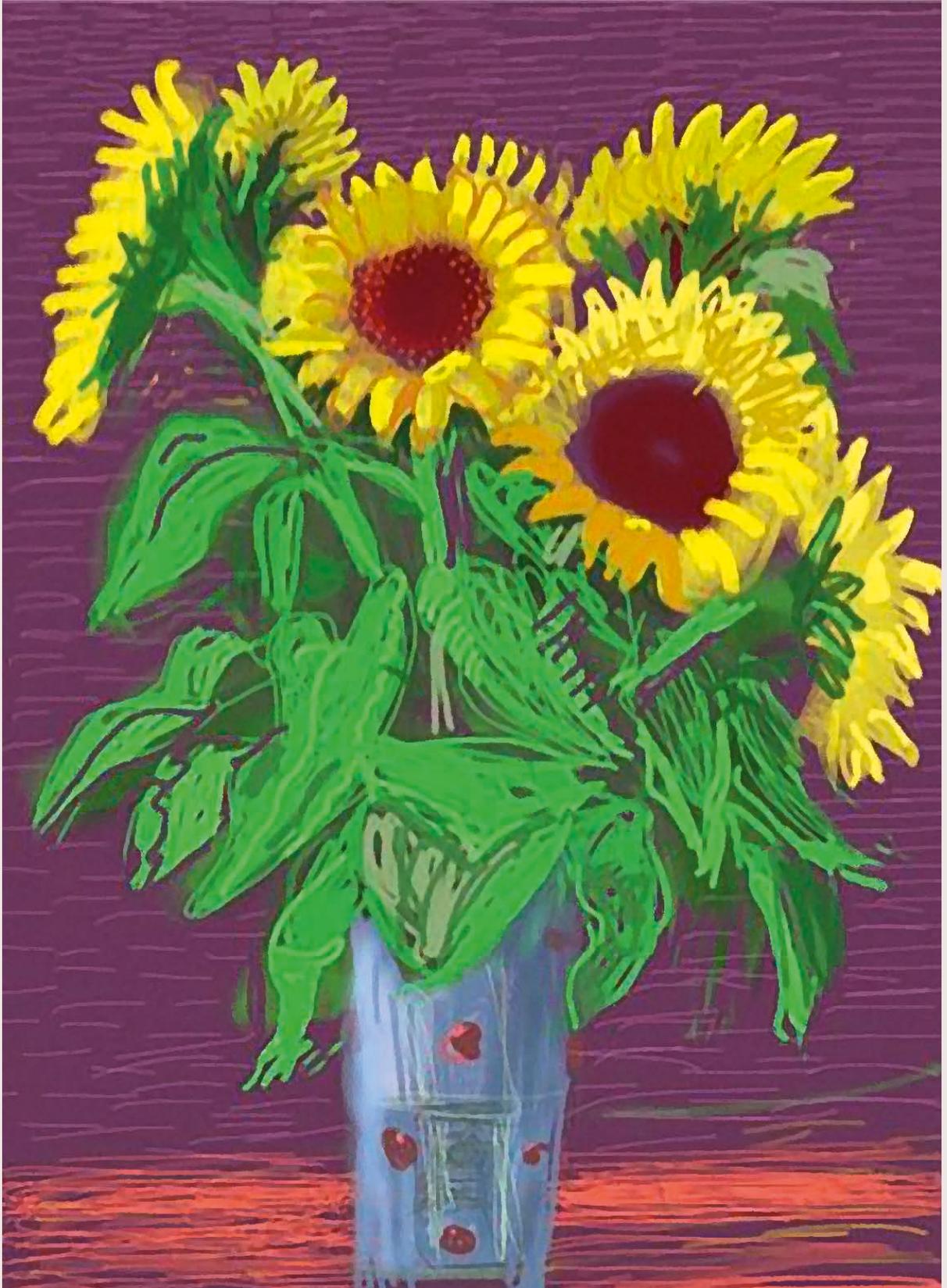
PINTURAS DE DAVID HOCKNEY

ROLAINE HOCHSTEIN

TRADUCCIÓN:
JUAN FERNANDO MERINO

I
A mi edad, contemplo los girasoles con el deleite intacto. Hace cuarenta años los colgué de la pared de mi sala de estar con el arrebato de exultación que otras personas deben sentir cuando aceptan una religión. Esa pared estaba desnuda excepto por los girasoles. Ahora reclaman mi atención desde un espacio que comparten con otras obras de arte. (Debajo hay un escaparate que ahora podría catalogarse como moderno de mediados del siglo xx, que en una subasta alcanzaría un precio considerable). Los girasoles, dentro de su marco burdo, resultan tan flameantes e insolentes como cuando los vi por primera vez en la vitrina de una galería de la avenida Madison. Los centros, grandes y de tono marrón, me atisbaban, llamándome. Falso. No fueron los girasoles. Fue el melón lo que me cautivó. Pasaba por allí. Doña Nadie. El melón me tendió la celada. Era un melón verde, de piel fibrosa, tan grande como un balón de básquet, pesado y redondo, y en la parte de la que se había sacado una tajada, de un naranja como el sol.

El marco de la pintura tenía márgenes de plata. Se necesitaban ambos brazos para cargarla, pero solo por su tamaño. El peso estaba en el melón. Podía sentir la corteza con la punta de los dedos. La tajada que le



Ipad Sunflowers

habían sacado estaba al lado del melón, sobre un bonito plato de porcelana con un par de salpicaduras de jugo que casi podía saborear. También había un cuchillo para cortar fruta con mango de porcelana.

Ahora, en casa, me levanto y miro mis girasoles con la misma fascinación. La persona que yo era en aquel entonces se desliza a mi lado. ¡Qué idiota es! Se esperaría que la compañía de una versión más joven de mí misma me levantara los espíritus, pero lo contrario es lo cierto. Me baja el ánimo. Yo soy una persona más liviana, más afín a mí misma. Me siento avergonzada y un poco culpable por ser tan intolerante con ella: pero es como si a uno le pidiesen que perdona a un delincuente porque fue un niño abusado. Uno puede solidarizarse con esa persona pero eso no la exime de culpas. Esa yo de antes es producto de la época, de las costumbres. Y claro, de su crianza. Pero algunas chicas lo superaron.

Por fin había llegado septiembre y por fin ambos niños pasaban el día entero en el colegio. Richard M. Nixon era presidente, pero ella apenas se enteraba. Una vez que los chicos cruzaron el umbral de la puerta (y el esposo ya a bordo del tren de cercanías), limpió los platos del desayuno y se detuvo en medio de la estufa y el lavaplatos. Era un día sin nada urgente. La casa estaba lo suficientemente limpia. La nevera lo suficientemente llena. El viento se llevaría las hojas del césped y otras hojas caerían. Evitando una oleada de pánico, fijó la mirada en el reloj de pared. Podría tomar el bus de las nueve y diez y estar de vuelta en casa antes de que llegaran los niños. Se vistió. Dejó una nota en el mesón, por si acaso. *Regreso a las 3:30. Sírvanse leche y torta si me demoro. Regreso pronto. Los quiere, su mamá.*

Los girasoles, dentro de su marco burdo, resultan tan flameantes e insolentes como cuando los vi por primera vez en la vitrina de una galería de la avenida Madison.

Era la esposa de un hombre que proveía todo lo necesario, la madre de un par de niños bien educados y que habían aprendido a leer muy pronto, un niño y una niña, una luz para cada ojo. Se vistió con ropa amplia de tono beige que neutralizaba una figura demasiado sólida. Una vez en la ciudad, perfectamente podría haber pasado por uno de los desaparecidos de Chile.

Donde estaba ahora era en la elegante avenida Madison, pasando junto a la vitrina de la Galería Haller, desde donde le gritó una pintura, la pintura de un melón. Se sintió igual que en París: cuando era una joven universitaria en vacaciones de primavera con cuatro compañeras de clase, audazmente visitando la plaza Pigalle, tarde en la noche. Un pregonero de espectáculos nocturnos, con marcas de viruela en la cara y un uniforme que no era de su talla, se plantó frente a ellas. Atrás suyo brillaban luces de neón y había chicas (o no chicas) en tanga que posaban en afiches viscosos y de mala calidad. “¿Decentes o indecentes?”, les preguntó el voceador con profesional mirada lasciva. Les señaló una escalera que conducía a uno de los sótanos prohibidos. “¡Indecente!”, dijo ella con voz disoluta, pero se sentía demasiado temerosa como para bajar.

El que ahora la llamaba aquí, en Madison Avenue, era un melón indecente, rezumante de color con enérgicos plumazos de pintura. Era un clima intermedio —ni soleado ni lluvioso— y tenía tiempo. PINTURAS RECIENTES de Andrew Hollinan. Su nombre, en letra cursiva, estaba discretamente impreso



Looking at pictures on a screen (1977)

sobre una cartulina de color marfil pegada a la ventana. A. Hollinan se repetía en el cuadro del melón, escrito en trazos verdes como briznas de hierba que emerge de los faldones de un mantel.

El arte era un asunto privado. A veces leía poesía a hurtadillas y escuchaba ópera. Puccini era como un affaire extramarital. No se mencionaba. Tampoco se mencionaba a Shakespeare. No podía hablar de ellos a las otras madres. Habría pasado por bicho raro. Por falsa. No se lo podía confesar a su marido. ¿Ella tenía algo que decir? Él habría levantado la mirada un instante del nuevo televisor de 21 pulgadas. Podría decirle: “He estado leyendo a Wallace Stevens”, y habría dado lo mismo que si le dijera que se había acostado con él. “Qué bien”, habría comentado él antes de bajar de nuevo la mirada a la pantalla. Pero ahora estaba aquí, en Manhattan, haciendo algo propio. Se vio a sí misma acercándose a la puerta de la galería. En su mente se encendió una luz: NO ENTRAR. Dio un vistazo al interior y observó las pinturas de Hollinan colgadas sobre paredes de un vivo color terciopelo, con un espacio considerable entre cada una de ellas. Fuese como fuese, abrió la puerta y entró de puntillas.

Esta es una historia retrospectiva. Mi memoria, más que desvanecerse, se ha vuelto escéptica, y sospecho que aquellas paredes eran más cercanas al simple color blanco. Ahora que soy mayor y lo de adentro ha salido afuera, debo recordarme a mí misma que esta mujer más joven por lo general creía que ella era como todo el mundo. Era un ama de casa jovial y responsable que no tenía nada de que quejarse y no se quejaba. Sus hijos tenían amigos y les gustaba el colegio. Volvían a casa cada día corriendo y riéndose, no eran propensos a los accidentes y no tenían alergias. Su esposo también volvía a casa diariamente, al caer la noche, y pagaba las cuentas, apreciaba que le cocinara, y era agradecido con sus servicios matrimoniales. Le compró (hizo que una secretaria le comprara) una tarjeta para el Día de la Madre en la que se expresaba la convicción de que su esposa iluminaba su vida, algunas veces como una joya y otras veces como los rayos del sol. Cuando ella cumplió treinta años, le regaló un cupón de regalo para seis masajes suizos en un salón para el cuidado de la piel de Elizabeth Arden; ya ella había cumplido los treinta dos y todavía le quedaban dos masajes.

La mujer en la galería de arte era otra mujer, confiando en que las personas encargadas no la fueran a echar. Sostuvo el bolso en el antebrazo y acostumbró sus ojos a la luz. Avanzó a lo largo de las obras enmarcadas que colgaban de paredes color terciopelo, caminando de lado entre un cuadro y otro, acercándose a cada uno, luego retrocediendo. Sus ojos no eran lo suficientemente grandes. Podía sentir los párpados entrecerrándose y las comisuras de los labios levantándose al impulso de la apreciación del arte. *Era un affaire*. Sintió que su sangre se caldeaba.

Las pinturas eran en su mayoría flores —tulipanes, anémonas, girasoles, y también arreglos florales—, con los colores de un niño de guardería y formas simplificadas. Eran tan juguetonas y agradables y los girasoles tan fogosos que extinguían cualquier pensamiento de los de Van Gogh. La envolvieron en placer. Quería mudarse con ellos; y aquella nueva idea trajo otras ideas. Quizá fue la primera vez que pensó que quizá su vida estaba resultando menos deleitable de lo que había esperado que fuese.

Las otras personas en la galería —hombres de pulcro cabello largo, mujeres de cabello rizado y tacones planos, personas sofisticadas y delgadas con la barbilla en el ángulo correcto, con ropas que se habían probado antes de venir— eran el tipo de personas que compraba arte. Ella también compraba arte: el ocasional afiche o reproducción. Las obras de arte originales en su casa eran los esmerados y amorosos manchones que sus hijos le traían de regalo de la escuela.

Una de ellas era un retrato de familia. Papá tenía el sombrero puesto. Mamá sostenía una escoba. Estaba recordando ese dibujo cuando se descubrió a sí misma sonriéndole al hombre a su lado, quien compartía con ella su mirada fija en unos lirios al interior de una maceta amarilla. El hombre desvió la mirada de ella a la pintura y de vuelta a ella y dijo: “Me gusta la manera en que los mira”.

Era un hombre joven de mediana estatura, de piel clara, atuendo formal, un tanto amanerado.

—Yo soy el pintor —dijo con gesto de ironía.

—¿Andrew Hollinan? —preguntó ella—. No parecía un pintor. Demasiado atildado.

—Me llamo Franny —fue lo único que se le ocurrió decir.

Los girasoles, como he dicho, ya no están solos en la pared de mi casa en los suburbios. Ahora están en Manhattan, en un apartamento del West Side, ocupando un lugar destacado entre algunas obras bastante notables que he ido coleccionando: en trastiendas de marqueteterías, en una que otra subasta, incluso en mercados de pulgas. Hay un pequeño dibujo de Picasso, cáustico y cruel, que comparte el espacio encima de mi escaparate *nouveau*-antique, y sobre cada silla lateral hay una litografía alemana expresionista más grande y desgarradora. Otto Dix. Tengo una modesta impresión póstuma de Goya y una diminuta acuarela de George Grosz. Guardo espacio para algunas pinturas nuevas que traigo de mi pequeña galería y regreso después de un tiempo para dar espacio a otras. En términos generales, es una pared más bien feroz en la cual los girasoles se defienden bien. Me he convertido en una mujer más bien feroz. Mi exmarido —todavía un hombre que trabaja muy duro y un amante del hogar, aunque el que ama sea el hogar de otra persona— estaría de acuerdo.

Mi galería —pequeña, pero toda mía— se encuentra en un sector de la ciudad que no está de moda, donde el alquiler sigue siendo bajo y me siento

totalmente en casa. Es un sitio que da a la calle, con pinturas y esculturas y cerámicas a la venta, tapices que van desde el techo hasta el suelo, y un pequeño espacio para el escritorio, desde el cual me ocupo de la parte comercial. Los domingos en la mañana se despeja un cuarto trasero para dar una clase a niños discapacitados, un par de ellos tan anudados por la parálisis cerebral que sus dibujos parecen una extensión eléctrica. Terapistas de un grupo comunitario sin ánimo de lucro dan las clases y yo ayudo en lo que puedo. Con frecuencia me quedo asombrada con el vigoroso y a veces adorable trabajo que producen estos chicos y también con lo que terminan siendo, algunos de ellos. Mis hijos biológicos también me brindan satisfacción, a su manera: interesados en sus carreras profesionales, discutiendo menos entre sí y arreglándose las para mantener relaciones afectivas más o menos estables. No vienen mucho a mi apartamento, pero ocasionalmente sí aparecen por la galería para ayudar con las clases y darme una mano trepando escaleras y colgando obras. Nuestras veladas de apertura se han convertido en eventos locales de primera categoría. Mi exesposo es el barman sempiternamente afable. Ojalá Andrew Hollinan pudiera venir (lo adularíamos; serenaría a nuestros agitados artistas jóvenes que no saben ni dónde hacerse), pero nunca lo volví a ver después de mi compra y murió de sida en los años noventa. Sus obras no llegaron hasta el Whitney o el Museo de Arte Moderno, pero hay un par de buenos Hollinans en el edificio administrativo del Jardín Botánico del Bronx y vi otro en el vestíbulo del Hotel St. Regis.

El Hotel St. Regis estaba diez cuadras al sur y una cuadra al oeste de la Galería Haller, el sitio en el que se encontraba aquella visitante demasiado ingenua para su edad, yo misma cuando joven, un agradable día de septiembre de los años setenta, indiferente a las manifestaciones contra la guerra, poco menos que indiferente a Vietnam, por no mencionar al movimiento feminista. El par de clientes en la galería estaban siendo mimados por los empleados, pertenecientes al mismo elenco impecable, mientras que el pintor, la estrella, desperdiciaba su atención en este champiñón vestido de beige, que ofrecía cero esperanzas de una venta. Juntos contemplaban el interior de una floristería: macetas de plantas sobre un suelo de cerámica acristalada, pilas de flores cortadas sobre una mesa lavada, inclinadas diagonalmente sobre el lienzo. Un trozo de papel de seda verde, tan crujiente que parecía a punto de romperse. Un jovencito pálido con bata de trabajo que extendía la mano hacia un par de cliques asimétricos: una pizca de amatista para el ojo del florista, una pizca de verde para una mejilla. Hollinan se paró junto a la mujer, respirando lentamente, intentando ver lo que ella veía. Al mirar de soslayo, la mujer encontró una sonrisa como la suya, la sonrisa de una cocinera mientras revuelve la crema agria en un plato de *goulash*. El estar allí mirando la obra de arte y al lado de su creador era... ¡increíble! Casi que extrasensorial. Estaba a punto de decirle lo mucho de Matisse que había en la pintura de él, pero justo a tiempo pensó que tal vez era mejor no hacerlo.

—Me parece que le gusta —murmuró el artista.

Ella asintió con un “uhum”.

Ahora que soy mayor y lo de adentro ha salido afuera, debo recordarme a mí misma que esta mujer más joven por lo general creía que ella era como todo el mundo.

Los girasoles estaban en el extremo de la pared del fondo, todavía sin vender.

No fue difícil decidirse por ellos: tan vivos, tan radiantes, esos atractivos ojos únicos, con filamentos irregulares que se agitaban en medio de un viento palpable.



30 Sunflowers (1996)

El artista no era alto pero levanté la vista para mirarlo. Quizá fuera incluso más joven que yo. (Lo era. Lo he buscado en Google, intentando encontrar su melón). Él era, al igual que yo, un producto de una combinación de genes, pero yo no lo pensaba así. Creía que estaba moldeado por manos más sensibles y coloreado por una paleta más sutil. Sin embargo me hablaba como si fuera digna de su atención. Traté de desacelerar la cabeza que daba vueltas y vueltas vertiginosamente.

—Estoy teniendo una buena temporada —dijo un poco apenado, cómo si ella le hubiera preguntado y él tuviera que responder. La mujer miró las pequeñas tarjetas blancas de la Galería Haller pegadas a la pared al lado de cada pintura, indicando el título, el año, la técnica y el precio. Varias de las tarjetas tenían un discreto punto rojo y el precio tapado.

—El punto rojo significa, gracias al Señor, una venta —explicó Hollinan—. La mitad de un punto rojo significa venta posible.

También los precios daban vértigo: hasta cinco mil dólares. Mientras más grande el cuadro, más alto el precio. El cuadro grande de la floristería ya había sido vendido.

El trabajo de Andrew Hollinan no era lo que podría llamarse de *vanguardia*. No rompía con los íconos del arte. Podía jugar un poco con la naturaleza pero uno seguía viendo flores en un espacio. Las suyas eran mejores que las flores reales. Actuaban sobre Franny como si fueran LSD u hongos alucinógenos, aunque ella, por supuesto, no había ido más allá de un par de porros. Sin embargo, su conciencia estaba abierta a la posibilidad de elevarse. A ella no le importaba que un Hollinan no fuese un Rauschenberg o un Lichtenstein. Los sabiondos bien podían alzar sus discriminatorias narices, como lo hacían con la música de Puccini. A ella no le importaba.

Desde la perspectiva que me concede mi avanzada edad, debería sentir algo de cariño por Franny. Pero no. Si Andrew Hollinan le hablaba a ella de arriba hacia abajo, era solo porque ella se reducía (y quizá fue por esto que él se interesó en ella). En su recorrido vital plano y sin mapas, al encontrarse con un verdadero artista en ejercicio, se encorvaba de hombros y hablaba con una

vocecita atiplada y quejumbrosa. Escucharla en la memoria envía una procesión de hormigas bajo mi piel. Franny confesó que a ella realmente le gustaba el arte, y realmente no pensaba que estuviera dándose aires. Le dijo que había tomado clases de historia del arte en la universidad, al parecer ignorante del hecho de que cualquier pseudodebutante en sociedad de clase media había hecho lo mismo. Por supuesto, no la había elegido como carrera para la universidad: el arte no era una carrera para una chica que a lo mejor tendría que ganarse la vida algún día, por ejemplo, en el caso, que Dios no lo quisiera, de que no se casara, o bien que se casara y las cosas salieran como menos se esperaban.

—Estoy empezando a tener algunas horas libres —le dijo ella—, pero no se encuentra trabajo de medio tiempo; a menos que quisiera ser empacadora en un supermercado.

—Para todos hay esperanza —le dijo Andrew—. No ganaría mucho menos si fuera voluntaria en un museo.

Su cabello claro comenzaba a ralearse, pero lo esponjaba para hacerlo ver más abundante. Es posible que en aquellos incisivos ojos azules hubiese un destello de burla, pero ella no estaba segura.

—Crecí en un pueblito de Rhode Island —dijo Andrew—. Mi madre todavía vive allí. En una casa entre la iglesia y el supermercado. Eso es todo lo que necesita.

Estaban mirando una pequeña pintura de anémonas. Las flores parecían desnudas y listas para el amor, tendidas en un recipiente oscuro y no muy hondo, que tenía un efecto opalescente gracias a delicadas pinceladas blancas. Hollinan era huésped ocasional de casas famosas en las que había pinturas suyas. El chiquillo amanerado y excluido, y probablemente perseguido, de Westerly, Rhode Island, era ahora invitado de honor de elegantes cenas y pasaba ratos magníficos en yates en el Caribe. —Soy un juguete de los ricos —le dijo a Franny.

Ella habló de la biblioteca de su barrio, donde, bajo el apellido Marx, había ocho Grouchos y un solo Karl. Y un bibliotecario que pensaba que *Proust* era el autor que estaba buscando Franny.

—Si tuviera esta conversación en mi vecindario, me mirarían como a un bicho raro.

—No lo dudo —dijo Hollinan—. La gente como nosotros necesita la ciudad.

Ella le agradeció lo de “la gente como nosotros”... Pensó que lo decía de corazón. Hollinan debía saber cómo adular a los coleccionistas de arte, pero esto era pura caridad. Franny empezó a comportarse como una católica en confesión. Dijo que quería volver a estudiar. Como todas las mujeres con sueños que nunca abordan.

—Debes hacerlo —dijo él—. Tienes que hacerlo.

Ser capaz de mantenerse con el trabajo artístico era un gran logro para cualquiera, aunque Hollinan habría sido un Rauschenberg si pudiera (del mismo modo que Rauschenberg no podría haber sido un Hollinan aunque lo hubiera querido). Pero Hollinan tenía sus seguidores. Los asesores de arte lo adoraban. Sus cuadros decoraban comedores de ejecutivos, pasillos de *spas* forrados en mármol, y salas de espera de las clínicas de rehabilitación más costosas. Cincuenta por ciento de esto iba para la asesora, una mujer posmenopáusica con un desteñido diploma en historia del arte y una reciente

formación en finca raíz. (Hoy en día habría tenido una maestría en Gestión del arte del Sotheby's Institute of Art). Los diseñadores de interiores más solicitados llevaban Hollinans a los Hamptons, así como a algunas cotizadas islas en el Mediterráneo y el mar Egeo. Desde luego, también había coleccionistas de verdad, que estaban dispuestos a comprar un objeto que irradiaba belleza y brindaba placer y que no necesariamente se adquiría como una buena inversión. Los logros de Hollinan aparecían listados en una biografía impresa que reposaba en la recepción.

A medida que me hago mayor, más varoniles me gustan los hombres. Y no se trata tan solo de mi imaginación. Soy Francesca ahora, pero creo que podría haber hecho amistad con Andrew Hollinan, que no era nada varonil pero, tal como lo veo ahora, un hombre bastante adorable, enternecedor. Nos habríamos hecho amigos a partir de los intereses y gustos comunes. Y yo habría entendido qué era lo que él veía en Franny, lo que lo conmovía y lo volvía tan generoso, mucho más encariñado con ella de lo que jamás podría estarlo yo.

Y ahí estaba Franny, sola en la sala del fondo, rodeada de pequeños dibujos en blanco y negro que colgaban de paredes blancas. Drástica disminución de los estímulos sensoriales. Necesitaba una pared para recostarse, pero todas estaban llenas. Trató de recuperar el control cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Había pasado demasiado rápido de las pinturas llenas de color a estos austeros dibujos —Hollinan en un estado de ánimo pensativo, temperamental— que quizás mostraban su verdadera esencia, pero ella carecía de la sutileza suficiente para entenderlo. No captaba insinuaciones. Solo comprendía afirmaciones. Estas obras —a lápiz, en carboncillo— costaban menos (*eso* lo entendió), pero todavía eran demasiado costosas. Además, ¿estaba dispuesta a comprar una obra de arte que no la deslumbrara?

No era una persona dada a adquirir por adquirir. Lo que compraba era porque lo necesitaba. Cada compra era cuidadosamente pensada. Por el precio de un comedor con una mesa de estilo nórdico y seis asientos con un tapizado mínimo podía pagar el campamento de verano diurno de un hijo y una hija durante el mes de julio. ¿Cómo explicar la compra de una obra de arte original? Ser dueña de un Hollinan, incluso una obra en papel —y le estaban gustando cada vez más a medida que las observaba con atención— hacía parte de su Lista de Deseos, a la par con una suscripción a la Ópera Metropolitana y una visita a París.

Andrew Hollinan estaba de nuevo con ella. Franny se sentía dichosa pero desconfiada. ¿Acaso se estaba burlando de ella? Quería saber quién era el pintor favorito de Franny. Pero ella no estaba acostumbrada a hablar de arte. Su cabeza se llenó de paisajes y rostros y manchas de color. Caravaggio. Constable. Veronese. Cézanne. Lucian Freud.

—¿Si pudiera ser dueña de una obra de arte?

Pero ella no sabía qué decir. No quería ser dueña de una obra de arte. Prefería ver los cuadros en los museos. Tenerla en casa la pondría nerviosa. Su familia podría desaparecer. Tal vez solo quedaría la obra de arte.

Los ojos del pintor eran azules. De un azul como el de Gainsborough. Un azul infantil. Unos ojos inquisitivos.

—Si pudiera, compraría una de las tuyas. El melón.

—¿Preferiría tener un Hollinan a un Caravaggio?

—Del mismo modo en que prefiero vivir con mi marido que con Jean-Paul Belmondo.

—Bueno, en ese caso tendrían la barrera del idioma... —dijo él y sonrió con la sonrisa reprimida de las personas con dientes imperfectos.

—Hay cosas que se veneran mejor desde lejos —dijo ella con gesto serio—. Además, estaría el tema del seguro.

—¿Cuánto costaría en francos asegurar a un ídolo del cine?

De niño no debió tener frenillo, creo recordar que pensé, ahora que evoco su sonrisa. Yo había tenido el privilegio de que me arreglaran los dientes de niña y ahora me entenece pensar en cómo ese chico desgarbado y anónimo —cuya familia desconocía la palabra ‘ortodoncia’, un concepto que probablemente también estaba por fuera de su presupuesto— llegó a convertirse en un hombre lo suficientemente seguro de sí mismo y llevado de su parecer como para dejar pasar varias oportunidades de venta, mientras le prestaba atención a una bobita como yo. Me había llevado de nuevo a la sala principal y otra vez estábamos observando los cuadros, bajo un techo alto cruzado por discretas líneas de *spots* de iluminación. Ahora que soy mayor y todavía derivo vitalidad de sus girasoles, me pregunto si tal vez yo no le recordaba su propia juventud.

—Usted debe tener un Hollinan —dijo.

Esto sucedió. Yo también estaba ahí (en una especie de estado larvario). Ya había una oferta por el melón, pero la oportunidad se impuso a futuros arrepentimientos. Cualquiera de sus cuadros sería una bonanza. Los girasoles estaban en el extremo de la pared del fondo, todavía sin vender. No fue difícil decidirse por ellos: tan vivos, tan radiantes, esos atractivos ojos únicos, con filamentos irregulares que se agitaban en medio de un viento palpable. Andrew Hollinan se los ofreció a Franny por lo que pudiera pagar. Ahora ella tenía que abandonar su actitud de humildad y tomar una decisión. Recuerdo que los girasoles me gustaban casi tanto como el melón. (Ahora me gustan más). Se acordó un precio. Quinientos dólares. Cuando se acabara la exposición, en unos pocos días, ella podría pasar por el estudio de Hollinan y llevarse el cuadro. Mientras sonreía con discreción, anotó la dirección de su estudio en el reverso de una tarjeta de la Galería Haller.

Farfulló sus agradecimientos.

2

Esa no era una cantidad que ella podría pedirle a su marido, a menos que necesitara una cirugía ineludible o tuviera que pagar un rescate. Pero no tuvo que pedirle dinero. Mientras regresaba en el bus de las dos y cuarenta, salió de su aturdimiento y recordó que tenía dinero. Era una de esas cosas en las que nunca pensaba. Su dinero no estaba en una cuenta de ahorros. Estaba invertido. En acciones. Franny tenía a su nombre diez bonos de acciones de compañías de primer nivel, regalo del hermano rico de su madre, el tío Irvin, cuando ella se graduó de la universidad. Y estas se habían duplicado ahora gracias a un fraccionamiento accionario.

La última vez que había mirado, su fortuna recibía un interés mensual de dos dígitos. Podía vender unas acciones para pagar el cuadro y todavía le quedaría dinero. Eso era lo que podía hacer. Era su dinero.

Su marido interior se deslizó en el puesto de al lado.

—¿Y tú quién te crees?

—¿Quinientos dólares por un cuadro? Tiene que ser toda una obra de arte.

—No tenemos cortinas.

—¿Sabes qué? Deberías gastar ese dinero en un psiquiatra.

Su marido de carne y hueso fue más amable. “Supongo que es una pintura fuera de serie”, dijo cuando ella le contó. Pero luego dijo: “Si lo quieres, debe ser tuyo”. Y luego agregó: “Podrías comprar un afiche con los verdaderos girasoles de Van Gogh y un comedor con lo que te sobre”. Dijo que sus acciones se iban a duplicar y cuadruplicar y que ella perdería una fortuna si las vendía ahora. En eso tenía razón.

Estaba al teléfono, hablando con el hombre de la oficina de corredores de bolsa, cuando la asaltó el recuerdo de la escena en la tienda de vestidos. En medio de importantes y confusas explicaciones sobre la transferencia de acciones y el envío de cheques —explicaciones que el hombre modulaba con voz grave—, la cabeza de Franny huyó al centro comercial y a Macy’s. Se estaba probando un vestido para la fiesta de Año Nuevo de la oficina de su marido. Mientras estudiaba su reflejo en el espejo del probador, la vendedora exclamó con entusiasmo: “¡Como hecho para usted!”. Pero Franny no compró el vestido. Ella sabía que no era cierto.

Cuando volvió a prestar atención al hombre del teléfono, ya había vendido las acciones.

Su marido no iba a ir, así que ella fue sola en su Chevy coupé (sin puertas traseras para que los niños no fueran a caerse). Cinco billetes de cien dólares doblados entre su monedero. Logró encontrar el camino hasta Soho, entrecerrando los ojos mientras conducía, a pesar de que tenía una visión 20/20. Avanzó lentamente a través de calles empedradas bordeadas de fábricas, un lugar mágico para ella, con fascinantes galerías de arte y cafés que se asomaban en medio de fachadas mugrientas y plataformas de descarga. No había problemas de estacionamiento frente al edificio de Andrew Hollinan; VENTA DE RETAZOS, decía la vitrina que daba hacia la calle. Franny usó el timbre exterior y Andrew Hollinan se asomó por una ventana de uno de los pisos de arriba. La saludó con la mano y dejó caer hasta la acera una bolsita atada a un cordel, que no aterrizó tan cerca de los pies de Franny. Ella recogió la bolsa, sacó las llaves, entró al vestíbulo y siguió a través de un pasillo oscuro. No había ascensor.

Después de subir dos largos tramos de escaleras empinadas, Andrew Hollinan la estaba esperando en la puerta de su estudio. Franny estaba sin aire.

—Sí, ya sé —dijo él—. Pase y tome asiento.

Franny se sentó en una silla de madera a la que le faltaba el espaldar. Cuando se recuperó lo suficiente para mirar a su alrededor, vio los elementos de un cuadro titulado *Estudio de artista*.

En el recuerdo que se estaba formando no pude separar este lugar del ambiente de otros cuadros conocidos —latas de café llenas de pinceles, montañas de trapos, mesas de trabajo manchadas de colores, paletas embadurnadas, tubos de pintura con partes aplastadas, frascos de aceites y disolventes, periódicos viejos—, un collage, una escena cotidiana en un espacio abierto iluminado desde arriba y definido por paredes descascaradas, ventanas sucias y un suelo salpicado de pintura. Trató de verse a sí misma dentro del cuadro, pero no pudo. Ella, que en un patético intento de parecer bohemia, se había puesto un par de jeans y un suéter ancho.

Franny penetró en aquel desorden, teniendo cuidado de no tocar nada. Yo sentí una tristeza en la boca del estómago que se contrajo hasta convertirse en dolor. A todo mi alrededor estaban los cuadros de Andrew Hollinan, pero yo



Portrait Peter Langan (1970)

todavía no tenía la suficiente serenidad para apreciarlos. Colgados de aquellas paredes sin color, grandes y no tan grandes, de arriba, de más abajo, algunos apenas comenzados, otros a la espera de secarse, en una pared un par de paisajes cuidadosamente esbozados, Hollinans académicos. Más lienzos, apilados de a tres o cuatro, sobre el piso, contra las paredes. Mis girasoles estaban sobre un atril, cerca de las ventanas.

Andrew Hollinan llevaba puesto el traje gris que tenía en la Galería Haller, solo que aquí no tenía corbata y llevaba el cuello abierto. Puso la bolsa de las llaves sobre el alféizar de una ventana. Las ventanas eran anchas y altas y (se me ocurrió en ese momento) peligrosas para alguien que estuviera bajo de ánimo.

Cuando por fin pudo observar con atención, Franny pensó que los cuadros eran distintos. En la galería parecían animales de un zoológico. En el estudio estaban fuera de sus jaulas. Hollinan todavía llevaba su traje de calle, pero sus pinturas habían cambiado. La punzada de dolor (que no entendí en ese momento) cedió para darle espacio a la euforia.

—Me temo —dijo Hollinan— que voy a tener que pedirle que deje de mirar así mi obra. Me hace sentir desnudo.

Ella se rio y se volvió hacia los girasoles. Ellos le pusieron un cepo a su mirada. Hollinan se paró junto al atril. Los girasoles parecían aún más cálidos y fuertes de lo que se veían en la galería. La tela era más pequeña de lo que ella recordaba. Franny notó la forma en que el marco ancho de madera suave y burdamente tallada, teñida de un color marrón claro, destacaba la pintura.

—Y entonces, ¿qué tal le parece?

—Es precioso. Voy a mandarle a hacer un marco igual a este.

—No, querida. También se va a llevar el marco. Fue hecho para esta pintura.

La pared del salón estaba esperando.

Franny puso el cuadro en el suelo y retiró el papel en que venía envuelto. ¡En su propia casa! Su marido se acercó a ayudarlo.

—¿No es hermoso? —dijo.

—Muy bonito —dijo él. Luego añadió—: Tu amigo hizo un buen negocio. Evadió la comisión de la galería.

Su marido sostuvo el cuadro mientras ella ensartaba la cuerda en el clavo, exactamente en el lugar preciso. Franny se paró al fondo del salón, en medio de dos ventanas sin cortinas, regresó para enderezarlo una fracción de milímetro y luego se quedó mirando, sin hacer otra cosa que respirar. Los niños entraron corriendo y apenas le prestaron atención a la nueva pintura. Al menos no hubo objeciones.

Los feroces girasoles le daban un aire menos formal al salón, más complejo. No era como tener un Caravaggio en la casa. No ese nivel de exigencia. Yo ya tenía suficientes exigencias que lidiar. Lo que yo necesitaba era apoyo para poder seguir viviendo. ■



Rolaine Hochstein (Estados Unidos)

Es una de las más destacadas cuentistas de la literatura norteamericana actual. Además de sus novelas *Stepping Out* y *Table 47*, sus relatos han sido incluidos en antologías y seleccionados para los premios de narrativa Pushcart Prize y en la recopilación anual *Best American Short Stories*. Ha publicado en revistas literarias como *Antioch Review*, *Confrontation*, *Kansas Quarterly* y *Prairie*. Su cuento "A Virtuous Woman" recibió el primer premio en el concurso anual convocado por Glimmer Train. Ha publicado numerosas crónicas de viaje, textos investigativos, humorísticos y perfiles de personajes famosos en revistas como *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan*, *Parents*, *Ms* y *Glamour*.